

con la conveniente libertad y desembarazo en el círculo de sus respectivas atribuciones, y nunca anticipaba su opinion y su responsabilidad, sin una necesidad clara y positiva.

Una política tan imparcial, tan circunspecta, tan atenta á no arriesgar las cosas ni á comprometerse á sí misma, no era la de una administracion incapaz é irresoluta, que busca y recibe de todas partes impulsos y pareceres; sí que era la de un gobierno resuelto, activo y firme en sus ideas, eficaz en sus deseos, que obraba por propia voluntad y bajo la inspiracion de sus propias convicciones.

Establecido para consolidar el vínculo federal y combatir la anarquía, el poder central se mantuvo fiel á su elevada mision, contribuyendo eficazmente Washington con sus conferencias, con su prevision y firmeza, y con su adhesion á las sanas doctrinas, á que se diese cima á la obra con el mismo fin que se empezara, con el fin de constituir un gobierno fuerte, digno y por todos conceptos respetable.

Cuando Washington, tan imparcial y tan tolerante en la formacion de su ministerio, colocóse en medio de los negocios y de los partidos, imprimió á su administracion una poderosa unidad de miras y de conducta que pudieran considerarse como verdaderamente ejemplares. «Mientras tenga el honor de dirigir los asuntos públicos,—decía,—no concederé á sabiendas ningun empleo importante á hombres cuyas doctrinas políticas sean contrarias al objeto general del gobierno. Esto seria, en mi concepto, una especie de suicidio político.... (1)» Y al propio tiempo escribía á Morris, que estaba de embajador en Lóndres: «En un gobierno libre como el nuestro, en que los ciudadanos son dueños de manifestar y efectivamente manifiestan sus sentimientos, á menudo con imprudencia, á veces con injusticia, por estar mal informados, es preciso tolerar algunas efervescencias accidentales; pero despues de la declaracion que he hecho de mi fe política, podeis afirmar sin temor que el poder ejecutivo de este país no ha sufrido ni sufrirá jamás, mientras yo esté á su frente, que quede impune acto alguno culpable de sus agentes (2).»

Aun en las cosas más accidentales, de mera forma y ajenas á los hábitos de su vida, le iluminaba y dirigía un exacto discernimiento, un instinto seguro de lo que correspondía al

(1) Writings, tom. XI, pág. 74.  
(2) Writings, tom. IX, pág. 103.

bien entendido decoro. Despues de su eleccion, fueron motivo de graves disputas entre los partidos las ceremonias que debian observarse con el presidente; y mientras algunos federalistas, amantes de las tradiciones y de la pompa y el esplendor monárquico, se mostraban llenos de regocijo cuando en un festin se colocaba un asiento más elevado del piso del salon, en el cual sólo podian sentarse Washington y su mujer, muchos demócratas lo consideraban como los preliminares de una nueva tiranía, y llevaban á mal que, recibiendo en su casa á determinadas horas, se contentase con hacer, á los que iban á verle, una seca y profunda cortesía. Washington, por su parte, reíase del gozo de los unos y del disgusto de los otros, y perseveraba en las reglas por demás modestas que habia adoptado, diciendo: Si hubiese de seguir mis inclinaciones, pasaria en el retiro todos los instantes que pudiese robar á la fatiga de mi elevado puesto. No lo hago, porque creo que conviene dejar á todos en la indispensable libertad para que se presenten á mí, en cuanto lo consienta el respeto debido al jefe del gobierno; respeto que, á mi juicio, no puede adquirirse y mantenerse sino guardando un justo medio entre la pompa y la familiaridad (3).

Mucho más graves dificultades pusieron muy pronto su constancia á más difícil prueba. Las rentas públicas era para el país una cuestion importantísima, quizá la principal, y apenas establecido el Gobierno, bajo los auspicios de la nueva Constitucion, se presentó tan intrincado asunto sobre el tapete, y aumentó la confusion y el desórden. La cuestion de la deuda nacional y extranjera, produjo empeñados debates y graves polémicas, ocupando por algun tiempo en primer lugar la atencion de las Cámaras. La Union debia á propios y extraños, debian los Estados en particular y á su nombre, aunque por la causa comun, y habia bonos de requerimientos, contratos de suministros, arriendos no pagados, otros créditos de diversa naturaleza y origen, mal conocidos, no liquidados, y en medio de tal caos, bastantes rentas empeñadas y ninguna segura.

Muchos, y principalmente el partido democrático en general, se oponian á que se aceptasen todas aquellas cargas, ó á que reuniéndolas y englobándolas se procediera á la aclaracion de tan intrincado laberinto. Los partidarios de la descentralizacion querian que cada Estado

(3) Writings, tom. X, pág. 99.

cuidase del pago de sus deudas, por desigual que fuese la distribucion de la carga; que se hicieran entre los acreedores distinciones y clasificaciones fundadas en el origen de los créditos y el desembolso efectivo; que se adoptaran, en suma, todas esas medidas que bajo la atractiva apariencia de verdadera justicia y escrupuloso exámen, son en realidad positivos subterfugios para eludir y desmembrar las obligaciones seriamente contraídas.

El jefe de la Tesorería, ó sea el ministro de Hacienda, el inteligente Hamilton, propuso, por el contrario, concentrar por cuenta de la Union y pagar por entero todas las deudas que hubiesen servido para la causa comun, extranjeras y nacionales, sin distincion de contrayentes, de dueños ni de origen ó procedencia; establecer contribuciones suficientes para satisfacer los intereses de la deuda y amortizarla; fundar un Banco nacional que ayudase al gobierno en sus operaciones rentísticas y afanzara y sostuviera su crédito. Sistema muy conforme con la verdad y la probidad, que consolidaba la Union, asociando á los Estados por medio de las rentas, como lo estaban políticamente; que fundaba el crédito americano con el gran ejemplo de fidelidad tributado á los contratos públicos y las garantías que ofrecia para su satisfaccion; que fortalecia el gobierno central, atrayendo á los capitales, y dándole por medio de ellos poderosa influencia.

A pesar de su completa discrepancia, los adversarios del eminente rentista no se atrevian á oponerse á este plan abiertamente; pero se esforzaban en desprestigiar la autoridad del principio poniendo á discusion la moralidad de los acreedores y clamando contra la bondad de los impuestos. Partidarios de la autonomía ó independencia local, lejos de reconocer y otorgar su aprobacion á las consecuencias políticas, que necesariamente habia de producir la union rentística, las miraban con recelo, y aferrados á sus principios generales, pedian que, tanto respecto á lo pasado como á lo venidero, se dejase á los Estados que saliesen como pudiesen de sus compromisos. Parecía que el crédito americano se pagaba á demasiado precio, que se podia obtener mejor con medios más sencillos y ménos gravosos, tildando, por último, de oscuras ó ilusorias las teorías de Hamilton.

Este sostenia la lucha con su acostumbrada energía, con la pureza de sus propósitos y la firmeza de su conviccion, atento, como estaba,

á la administracion de la Hacienda pública y su fin político, es decir, á la fundacion del Estado y la fuerza de su gobierno.

En tan gravísimo asunto, Washington, extraño á los estudios rentísticos y careciendo de toda conviccion personal y razonada respecto al mérito y valor intrínseco de las medidas propuestas, vaciló al principio, sin saber qué decir y á qué atenerse. No dejaba de reconocer, sin embargo, su equidad y su utilidad política, y tenia confianza en Hamilton, en su rectitud y en su juicio; pero cuando la discusion se prolongaba, y en su consecuencia multiplicábanse las objeciones, algunas turbaban su mente, mientras que otras inquietaban su conciencia, y en tal situacion, preguntábase á sí mismo con cierta ansiedad si la razon estaba toda de parte del gobierno, ó se inclinaba algo en favor de sus adversarios.

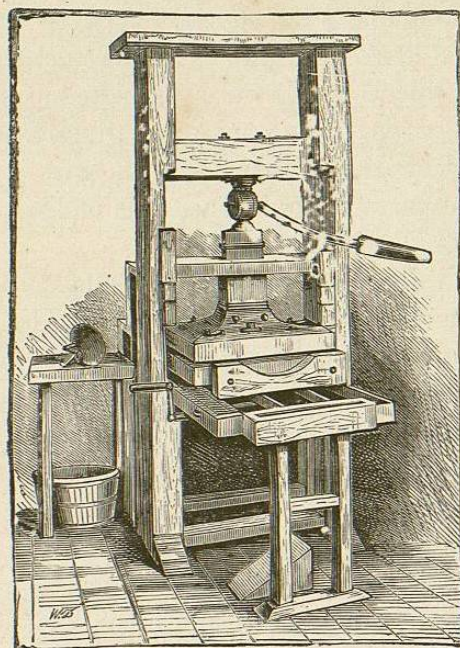
La misma imparcialidad que le hacia fluctuar en estas dudas, fué poderosa causa de que al fin se mostrara más inquebrantable su firmeza, cuando bien pesado todo, llegó á persuadirse por completo de la bondad del sistema, desde cuyo instante no cesó de sostener á Hamilton y sus providencias, dando con ello prueba de un gran criterio político. En su consecuencia, si bien se abstuvo de manifestar su opinion mientras se debatía el asunto en el Congreso, no vaciló en aprobar el decreto para el arreglo de la deuda pública, lo cual debia significar que la medida merecia su cabal aprobacion.

Entre otros de los varios asuntos importantes que se trataron durante aquella laboriosa legislatura, fué el del comercio de esclavos, á peticion de los cuáqueros de Pensilvania, Delaware y otros Estados. El venerable doctor Franklin, fundador y presidente de la sociedad para la abolicion de la esclavitud, presentó á principios de febrero una exposicion en la cual se hacia presente cuán justo é importante era que los infelices sujetos á tan inhumano yugo participaran tambien de los beneficios de la libertad. Discutido extensa y acaloradamente por ambas partes, el Congreso acordó: «que no estaba autorizado para intervenir en la emancipacion de los esclavos ni en la manera de tratarlos (1).» Poco tiempo despues, el 17 de abril del mismo año, 1790, aquel grande hombre, aquel gran sabio y sagaz diplomático, Benjamin Franklin, bajó al sepulcro con gran duelo de propios y extraños. Fué enterrado en el

(1) El último escrito de Franklin versa sobre la esclavitud.

cementerio del Cristo en Filadelfia, y más de veinte mil ciudadanos acompañaron el cadáver á su última morada. El Congreso dispuso que sus miembros vistieran luto por espacio de un mes, en testimonio de veneración á la memoria del ilustre ciudadano que no sólo brilló por su genio, sí que también por su ciencia y los grandes servicios que prestó á su patria.

En la Asamblea nacional de Francia pronunció Mirabeau un elocuente discurso en honor al indisputable mérito del finado, y Lafayette apo-



Prensa de imprimir usada por Franklin

yó una proposición para que vistieran luto durante tres días los miembros de dicha Cámara. No hubo nación civilizada que no lamentase la irreparable pérdida del venerable sabio.

La importancia de la figura y el atractivo de sus actos, siquiera por la eficacia con que contribuyó á la libertad de su patria, nos mueven á consignar algunos detalles de su vida, que creemos nos han de agradecer nuestros lectores.

Franklin es una de las primeras glorias de los Estados-Unidos y uno de los hombres que más señalados servicios prestó á la causa de la independencia americana.

Nació en Boston en 1706, siendo el décimotercio de una familia de artesanos. Apenas supo leer y escribir, y cuando sólo contaba diez años, dedicósele á hacer velas como su padre. Benjamin daba pruebas de gran aplicación; pero siempre que podía disponer de un momento de libertad, corría al mar, donde adquirió gran maestría como nadador y remero. Los cuartos

que ahorraba de su sustento, los convertía en libros, por lo cual su padre le llamaba el *literato de la casa*, y descontento de su conducta, le puso á aprender el oficio de impresor, bajo la dirección de otro hermano. Como trabajaba con apasionada afición, no tardó en ser uno de los mejores operarios. Los dependientes de los libreros, amigos suyos, le proporcionaban libros que leía con la mayor ansiedad, y el *Ensayo sobre los proyectos* de Foe y un tomo suelto del *Espectador* de Addison, le inclinaron á una instrucción variada. Luego quiso escribir, y compuso unas coplas de ciego, que merecieron elogios; mas por fortuna un amigo sincero le dijo la verdad, y le salvó del peligroso naufragio de ser un mal poeta ó un escritor de escaso mérito.

Desde entonces reconoció la necesidad de limar el estilo y no dejarlo á la casualidad, como hacen muchos, y repitió las pruebas diarias y oscuras de que se mofan los presuntuosos, y que sin embargo se ven más tarde compensadas por la facilidad, corrección y demás condiciones necesarias.

A los diez y seis años leyó á Locke, á Port Royal y á Jenofonte, y aprendió á explicarse sus ideas y á establecerlas, refiriendo á su modo de vivir este análisis. Se impuso un régimen estricto de alimento y la mayor economía, renunció al vino, para ahorrar algún cuarto y no imitar á sus beodos camaradas, con lo cual se captó su aprecio, como sucede al que nunca se halla desprovisto de juicio ni de dinero, cuya falta hace al hombre tan despreciable.

Analizaba y descomponía la virtud en sus varios elementos, como Newton la luz y Lavoisier el aire, y al terminar el día, examinaba los maravedises que había gastado más de lo necesario, los defectos corregidos y las buenas cualidades desarrolladas. Se acostumbraba á no asegurar nada, á anularse para llegar á su objeto, á dejar á otros la espuma para obtener lo sólido, á confiar en su actividad, en su sobriedad, en su paciencia y en su perseverancia.

Habiendo emprendido su hermano, el impresor, la publicación de un periódico, que fué el segundo que vió la luz en América, Franklin intercaló un artículo suyo, guardando el incógnito. El artículo gustó, y desde entonces pudo darse á conocer, sin temor á los tiros de la crítica envidiosa y apasionada.

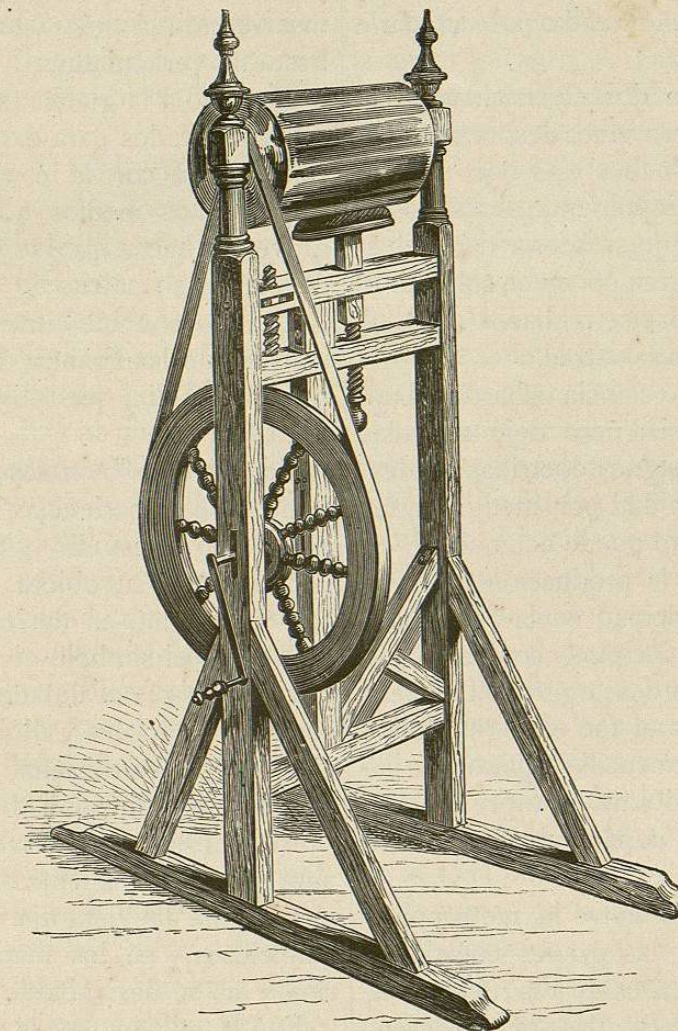
Sin embargo, el que sepa las espinas con que tropieza el hombre honrado al entrar en la carrera literaria y periodística, no extrañará ver

á Franklin irritado con su hermano, con el gobierno, con sus rivales, quejarse, como otros muchos, de su ingrata patria y marcharse á Nueva York y á Filadelfia.

A fuerza de trabajar consiguió algo; pero aconsejado por uno de esos proyectistas que consideran demasiado largo camino para hacer fortuna el trabajo, la paciencia y el ahorro, se fué á Londres, el país de las riquezas y los empleos.

Deshechos sus castillos en el aire y consumido lo poco con que contaba, se encontró aislado en aquel inmenso caos, sin medios ni apoyo, y lleno de amargos desengaños. Desde entonces dejó de confiar en nadie más que en sus propias fuerzas, y ya manejando las prensas de una imprenta, ya los remos de una navicilla ó enseñando natación en el Támesis, se ganaba el pan de cada día.

Vuelto á Filadelfia, se propuso formalmente



Primera máquina eléctrica de Franklin

adquirir dinero y reputación, y consiguió ambas cosas trabajando día y noche, viviendo con gran economía y respondiendo con los hechos á las detracciones de la envidia. Pudo establecer una imprenta y comenzó á publicar el *Almanaque del Pobre Ricardo*, colección de consejos y verdades prácticas, expresadas en forma de proverbio, que están en la memoria de todos y se aplican cien veces al día en propios y ajenos casos, con lo cual fué aumentando su reputación.

Lo costoso es adquirir el primer escudo y dar el primer paso; y Franklin no tardó en ir

de diputado á la asamblea general de Pensilvania, siendo nombrado después director de correos. Pudo dedicarse ya con el preciso desahogo á ser útil á sí mismo, á su país y á sus semejantes. Instituyó un gabinete literario, un cuerpo de bomberos y una asociación para defenderse de los indios limitrofes, consagrándose al propio tiempo á las más estudiosas manipulaciones de la ciencia y los más profundos análisis.

Hacia algún tiempo que los hombres científicos se dedicaban con ardor al estudio de esa fuerza misteriosa de la naturaleza designada